

VIELKA CECILIA URETA JARAMILLO



6

Historias

1 Camino



Seis Historias Un Camino

Vielka Ureta Jaramillo

ISBN 978-9962-13-442-8

Obra: Seis Historias Un Camino
Autora: Vielka Cecilia Ureta Jaramillo
Diseño de Portada y Diagramación: JobertHDesign

1ª Edición Enero 2021
Impreso en los Talleres de Impresos Modernos, S.A.
Tel.: 775-301 / 6678-1469
Correo: imodernos27@gmail.com



Índice



Prólogo	5
La maestra Rosa	7
Martina	15
Clara	23
Dioselina	35
Un mejor porvenir	39
Mi voz en el silencio	43



Me ha hecho llegar Vielka Cecilia Ureta Jaramillo, media docena de cuentos con una temática común: la resiliencia de las mujeres que pese a las marcas de la cultura patriarcal que las define y las limita, logran empoderarse, romper el silencio y alcanzar el desarrollo humano; es decir, ejercer sus capacidades para una vida digna y de calidad.

En una prosa sencilla, la autora presenta estas mujeres comunes, salidas de estratos marginados o minoritarios, de esas poblaciones apartadas que nadie quiere ver, donde la pobreza se ha convertido en una especie de estigma y donde ellas viven toda clase de limitaciones y vejámenes. Pero Rosa, Martina, Clara, Dioselina son la excepción; su empuje vital las saca del abismo; algo —la intuición tal vez— les dice que las cosas andan mal, que hay otros modos de ser, de hacer las cosas; que los golpes del padre o del marido no están bien, que violar a las niñas no es correcto, que hay una mejor vida.

Y ellas logran escapar, se percatan de que el estudio es un camino de liberación; y así, Rosa se convierte en maestra, Martina es adoptada por Rosa, Clara consigue ser estilista y Martina con el apoyo de Rita, logrará lo que se proponga en la vida. Todas desatan el yugo.

Sin embargo, atrás quedan todas las otras: las madres que miran para otro lado cuando sus hijas son violadas por hombres borrachos, las que aguantan año tras año los golpes del marido a sí mismas y a los hijos creando un

círculo de violencia que luego se repite y se repite, los niños desnutridos que no tienen más futuro que sobrevivir apenas o morir en el camino. Porque el mundo patriarcal aún se organiza basado en privilegios, estimula mentalidades opresivas —como la mujer rica que esclaviza a Clara desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, sin días feriados, por cien dólares al mes— el mundo patriarcal, decía, inhibe la solidaridad y la empatía entre los seres humanos y genera actitudes autoritarias y despóticas.

Por eso, este breve cuentario tiene el valor moral de poner en el estrado temas que, por cotidianos, ya no queremos ver ni mucho menos erradicar. Nos llama la atención a mirar a la mujer no solo como el género excluido (el otro de que hablara Simone de Beauvoir) sino como ser humano, como igual, a través de una cultura basada en la ética de los derechos humanos, para la cual es imprescindible el desarrollo de la solidaridad y la cooperación entre las personas, las comunidades, las instituciones gubernamentales, tal como lo señala la autora en este cuentario que debe leerse no solo con los ojos bien enfocados, sino con la conciencia bien clara.

María del Socorro Robayo

La Maestra Rosa





Rosa se retiró de la escuela preocupada y meditabunda después de un arduo día de labor. ¡Qué día! Niños de sexto grado con sus hormonas efervescentes y sus problemas auestas, problemas que provienen de hogares disfuncionales, cuyas madres son víctima de violencia doméstica y sobre todo, aquella pequeña tímida y silenciosa que llegó aquel día a su salón y que, en su silencio representaba todo un reto para ella en su desempeño docente.

Era un pueblito pintoresco, un enorme caserío donde todos se conocían: vecinos vidajenas, pero cariñosos y dispuestos a colaborar en todo con las necesidades de sus más próximos, muchos árboles frutales, brisa fresca, hermosos parajes solitarios para contemplar la naturaleza y sobre todo, ese bello chorro en el que tantas veces acudía a refrescarse por las tardes calurosas del verano.

Llegó a su pequeña casa y se quitó los zapatos y la ropa de trabajo, se puso ropa holgada y cómoda para comer algo y luego se sentó en la mecedora a descansar.

Parecía imposible que ya hubieran pasado doce años desde que empezó a trabajar en la Escuela de La Estrella. Entrecerró sus ojos y acudieron a su mente los recuerdos:

___mama, mama, mira que Juancito me quiere pegar ___
___niños que dejen de pelear; ya viene su papá y ya saben que se enoja mucho cuando gritan—evitemos su disgusto porque él trabaja demasiado—

____ “Rosa eres una tonta” ____ le sacaba la lengua, la pellizcaba y salía huyendo Juancito divertido y riendo.

Mientras huía de las manos vengativas de Rosa no se percató de la llegada del padre y se tropezó con él: ¡qué desgracia la de nosotros en ese día! Recuerdo cómo levantó a Juancito por los aires y lo estrelló contra la pared como si fuera un muñeco de trapo. Quedaron sus bracitos fracturados y mi madre gritando que no siguiera que lo iba a matar. Juancito lloraba a gritos del dolor y yo debajo de la mesa del comedor me tapaba los oídos para no escuchar y con los ojos cerrados decía “No, no le pegues más, ya no nos vamos a portar mal”.

Fue el último día que lo vimos por allí. Salió casi de inmediato con sus cosas y nos dejó para siempre.

Mi madre tuvo que acudir a los vecinos para que le ayudaran con Juancito y entre varios lo llevaron al hospital más cercano para que fuera atendido.

Varios días duró la angustia de mi madre porque tuvieron que ponerle clavos y platina en sus brazos, ya que según ella contó en el hospital, mi hermanito se cayó del caballo que se desbocó.

Para pagar los gastos del hospital los vecinos se acuotaron y pusieron un depósito y mi madre se comprometió a pagar pequeñas mensualidades hasta cubrir toda la deuda.

Con mis diez años a cuestas y los brazos rotos de mi hermano de 8, mi madre y yo empezamos a hacer frituras para vender y poder mantenernos. Aprendí a hacer hojaldres, empanadas, tortillas, almojábanos y carimañolas.

Las vendía mi madre en la construcción del Centro de Salud y a la salida de la Escuela. Yo no podía vender por ser menor, pero ayudaba a hacerlas y a freírlas en la casa.

Además, llevaba encargos a las maestras, quienes las pedían crudas para freír después en sus casas por las tardes.

Había días en que sacábamos buena ganancia: hasta 20 dólares y con eso nos arreglábamos toda la semana. Mi madre, luchadora incansable, siempre tenía un pequeño ahorro en una alcancía debajo de la cama para cualquier enfermedad. De cada venta ahorra un dólar y así nos podía comprar las medicinas cuando nos enfermábamos.

Mi hermano Juancito, apenas se recuperó, fue el encargado de sembrar en el patio un pequeño huerto de yucas, plátanos y guandú, que al cabo de los meses eran también vendidos y cuyas ganancias nos ayudaban con los uniformes y útiles escolares.

Jamás volvimos a mencionar a mi padre ni lo ocurrido aquella tarde cuando decidió irse del hogar. Era un silencio cómplice que nos decía que ahora estábamos mejor sin él, porque ya no había gritos, ni peleas, ni niños asustados y llorosos escondidos debajo de las camas para que no les llegara a pegar como hacía con nuestra madre, cada vez que se enojaba porque no le tenía la comida como a él le gustaba o porque no había cumplido con alguno de sus encargos.

Ya no había una mujer preocupada de no agradar a su compañero que se escondía a curar sus golpes y moretones con hielo y emplastos naturales.

Lo que teníamos mi hermano y yo era una madre fuerte, organizada, luchadora y con metas bien definidas: terminaríamos de estudiar y seríamos profesionales, no como ella que nunca pudo ir a la secundaria por no tener los recursos.

A punta de frituras y de chicha nos educamos mi hermano y yo. Qué orgullosa mi madre cuando terminé el colegio y me gradué de maestra.

Entonces metí mis papeles y el Ministerio de Educación me nombró en la Escuela de La Estrella donde supe, desde que conocí el pueblo, sería muy feliz.

Y es que La Estrella tiene un encanto natural que enamora al que la visita por primera vez. Eso fue lo que le pasó al maestro Jorge, que llegó el pasado año y a quien le enseñé todos los parajes hermosos del lugar. Buen hombre el maestro nuevo y además, bien parecido...

En las vacaciones visitaba a mi madre y a mi hermano, con tristeza veía como Juancito se quedó allá en el campo sembrando yuca sin más aspiraciones que esperar la cosecha y sacar al menos lo que había invertido en el cultivo. Mi madre, por insistencia mía, se metió a la escuela laboral y sacó un título de corte y confección.

Ahora tenía su clientela y siempre estaba ocupada atendiendo en un cuartito que le ayudé a construir a un costado de la casa para estos menesteres. Me daba tanta alegría verla cortar y coser sus creaciones. A pesar de que habían pasado quince años desde que mi padre se fue, ella se veía más fresca y radiante que cuando estaba con él. Parecía que los años no hubieran pasado por ella.

Solo Juancito me preocupaba, ese muchacho cabeza

hueca que no entendía que necesitaba estudiar para mejorar su condición y salir adelante.

Se había hecho amigos que solamente pasaban tomando licor en la cantina del pueblo, jugando barajas y apostando caballos. Lo poco que ganaba con sus siembros iba a parar a estos lugares. Qué dolor con mi hermanito querido.

Parecía como si el fantasma de mi padre lo persiguiera.

Ni siquiera había podido mantener una relación seria.

Las dos novias que tuvo lo dejaron por borracho y por grosero, porque cuando se jumaba le daba por pegarles e insultarlas. Igualito a mi papá...

Martina





U nos golpes en la puerta la sacaron de sus recuerdos.

___ Voy enseguida, un momento que ya le abro _____

___ Buenas tardes maestra Rosa, me gustaría hablar con usted. ¿Puede atenderme?

___ Claro, claro, niña, pasa; nada más que no mires el reguero porque todavía no he limpiado ni recogido nada.

Apenas acabé de comer algo.

___ Si su casa está muy limpia y ordenada maestra y además, muy bonita ___ no se preocupe por eso ___

___ Pasa adelante y siéntate ___

___ Gracias ___.

La niña era Martina, la pequeña que ingresó ese día a la escuela. Una menudita persona, de ojos oscuros y tristes muy grandes. Sus rasgos físicos: piel trigueña y cabello liso recuerdan los aborígenes de la comarca ngabe bugle.

___ Maestra Rosa ___ dijo mirando al suelo. La sentí temblorosa y asustada y quise darle confianza ofreciéndole algo de tomar. Me aceptó la bebida de naranja con raspadura y unas galletitas de soda que devoró en un instante como si no hubiera comido en todo el día.

Martina qué gusto verte por aquí, cuéntame que te hizo venir a visitarme. Me gustaría conocer a tus padres y saber muchas cosas de tu vida porque tú sabes que la maestra es como una segunda madre y debemos saber todo

sobre nuestros alumnos para poder ayudarlos.

No había terminado la última frase cuando se oyó como un ahogo, un llanto reprimido de la niña que salía de los más profundo de su corazón.

Rosa tuvo el impulso de abrazarla y la niña de sólo 10 años, recostada sobre su pecho, se derramó en lágrimas en un llanto de dolor y angustia guardado por muchos años en su corazón.

Pasaron varios minutos abrazadas y cuando Rosa sintió que el alivio de las lágrimas derramadas ya había llegado, la separó suavemente y la invitó a sentarse a su lado en el sofá.

— Martina, no sé qué problemas tienes pero quiero que sepas que estoy para escucharte y ayudarte en lo que pueda —

— Sí, maestra Rosa: lo sé, lo supe desde que la vi esta mañana en el salón — y Martina aún hipeaba y casi no podía hablar.

Rosa se levantó y le ofreció un vaso de agua fresca, que calmó su sollozar.

— Te escucho, Martina —

Es que quiero terminar mi escuela y no puedo, maestra.

Hoy llegué a este lugar sola, escapé de mi casa y no tengo dinero ni para comer, menos para comprar libros y no sé donde voy a vivir.

Rosa abrió los ojos asustada ante tal confesión, pues

jamás se imaginó una situación tan grave. Y era una menor de edad, prófuga de su hogar y quien sabe qué estarían haciendo sus padres para encontrarla. Tremendo lío se le venía encima...

Yo vi la escuela y quise entrar a verla para imaginarme que estaba allí como una alumna más. Pero cuando vi el alboroto de los niños y niñas comprendí que no podría estar allí porque ni uniforme, ni cuadernos ni libros tengo para estudiar, menos para pagar la matrícula.

___ Y ¿de dónde vienes Martina? ¿Dónde están tus padres?
¿Y por qué dejaste tu casa? ¿Cómo llegaste hasta aquí? ___ Se le atropellaban las preguntas a Rosa.

Martina, en su lenguaje cortado y atropelladamente empezó a contar su larga historia. Era oriunda de Tolé, su madre, indígena, no sabe leer ni escribir, vivían en un lugar alejado de todo, para llegar a la choza había que caminar dos horas u hora y media a caballo. Eran cuatro hermanos y ella, la única mujer, también era la mayor. Su madre confeccionaba chácaras y objetos de chaquira que luego vendía en la entrada del pueblo los fines de semana. A su padre nunca lo conoció, sólo a los padres de sus hermanitos que eran muy malos con su mamá y con sus propios hijos.

--El primero se emborrachaba con chicha fuerte y arrastraba a mi mama por el piso de tierra jalando su pelo y pateándola cada vez que se ponía bravo con ella y eso que mi mama ni hablaba ni discutía con él. Ese se fue rápido apenas le creció la panza a mi mama y ni en el parto de mi hermanito estuvo. Yo solo tenía cuatro años.

--Después, apareció un día mi mama con el otro, el papa de los dos chiquitos. Ese se quedó seis años y a mí no

me gustaba como me miraba y me tocaba. Cuando se jumaba metía su mano dentro de mi bata y me tocaba toda. Se le ponían los ojos rojos y se reía. Esto empezó cuando yo tenía cinco años. Así fue al principio, pero después... --y allí comenzó el llanto de nuevo ___ se me montaba encima, maestra, y comenzaba a moverse hasta que se cansaba.

--Cuando cumplí los ocho años un día que estaba en el río bañándome me metió el dedo allá abajo, maestra, tan duro que me salió sangre y yo me puse a llorar. Después se bajó el pantalón y me montó, maestra, como hacen los perros con las perras y gritaba como un loco.

Allí Martina tuvo que hacer una pausa para poder seguir hablando y Rosa la tomó de sus manos, que estaban heladas y temblorosas. Le dio más agua y esperó...

___ Después de ese día, maestra, él me perseguía para hacer lo mismo todos los días ___

___ Y tu madre, Martina, ¿no se deba cuenta? ___

___ Sí sabía, pero no decía ná; ella no se atrevía a decirle ná pa que él no le pegara.

--Salí del rancho hace dos días en un bus. Lo pagué con cinco dólares que le cogí a mi mama de la lata que taba al lado del fogón. Llegué a la terminal y de allí cogí otro bus que decía La Estrella porque me gustó ese nombre. En los pasajes se me acabó la plata y lo demás ya usted lo sabe. Mi mama no me va a buscar porque ella ya me había dicho que me iba a regalar a alguien que me pudiera mantener, porque la plata no le alcanzaba pa los cuatro.

___ Yo quiero estudiar, maestra, yo quiero ser una maestra como usted, yo no quiero volver al rancho, ni que ese

hombre me siga manoseando y montándome así. Ayúdeme, por favor, ayúdeme ____

La voz suplicante de Martina, y sus ojos inundados de lágrimas la hicieron recordar su pasado y comprender que había muchas niñas que han vivido cosas peores que las que ella vivió.

____ Claro que te ayudaré, Martina, pierde cuidado. Mañana mismo hablaré con la Directora para que te deje matricular. ¿Hasta qué grado fuiste?

____ Sólo a primero, maestra. Porque cuando nacieron mis hermanitos tenía que cuidarlos y ya no pude ir más a la escuela.

____ Esta noche te quedas aquí y mañana visitaré la oficina de protección al menor para ver cómo se puede hacer para ayudarte.

La niña abrazó a la maestra, le dio un beso y su primera sonrisa, como premio.

Rosa le arregló un canapé que guardaba para las visitas de su madre y la hizo bañarse; ya limpia le prestó una camiseta que le quedaba a la niña como camisón y ambas rieron al vérsela puesta.

Esa noche fue la más feliz que recuerda Martina haber tenido; se acostó y durmió como un bebé, sintió las sábanas como una caricia y por primera vez se sintió amada y protegida. La maestra era un ángel, era el bálsamo que ella necesita para aliviar tanto dolor.

Rosa , por su parte, elevaba su oración al Señor de esta manera: “Gracias Padre bueno, por traer a mi casa a esta niña que ha sufrido tanto, pon en mi camino a partir de hoy

las personas y lugares que debo visitar para que esta pequeña sea protegida por las autoridades, abre las puertas y mueve corazones para que sean tu luz y tu amor los que triunfen: quiero verla feliz, verla realizada, darle el tratamiento que necesita para sanar sus heridas, traumas y recuerdos dolorosos.

Tú que permitiste que yo sufriera también en mi niñez, ahora comprendo que lo hiciste para que yo pueda entender el dolor de otras niñas que como yo han sufrido mucho: veo en Martina mi niñez y entiendo, Señor, que esa es la misión que tú me estás dando. Confío en ti, Señor.”

Desde esa tarde Martina y Rosa no se separaron más y al cabo de los meses con ayuda de la ley, la maestra Rosa fue madre adoptiva de la pequeña Martina, quien aprendió a sonreír.

Clara





Pase usted, señorita, ¿de dónde viene usted? ¿Qué posición desea para laborar? ¿Trajo sus papeles? ¿Tiene referencias?

Clara quedó muda ante tantas preguntas sin respuesta, sólo atinó a contestar: vengo de La Mesa, y no traje ná.

Necesito un trabajo pá poder quedarme aquí en la capital. Estoy en casa de una prima por San Miguelito y sólo puedo estar uno o dos días porque no cabemos. Es un cuarto muy chiquito y ellos son cinco.

___ Entonces te podría colocar como empleada doméstica ___

___ Bueno, ojalá sea hoy mismo ___

La encargada de la agencia de empleos, buscó en su agenda una larga lista de nombres y se dispuso a llamar.

La primera señora dijo que era indispensable las referencias laborales--- es que mi esposo y yo viajamos mucho, ___ sabe ___ y no puedo meter a alguien sin referencias en mi casa. Lo siento ___.

La segunda en ser llamada comentó que si la empleada no tenía experiencia no la podía coger porque ella no tenía tiempo para enseñarle a trabajar.

La tercera señora dijo que le gustaría entrevistarla para verla, porque aunque no tenía referencias ni experiencia ella podría enseñarle, pero como era tan joven prefería verla primero; concertaron la cita para dentro de una hora, en la misma oficina.

___ Buenos días, vengo para entrevistar a una joven que desea trabajar como empleada doméstica ___ dijo la joven señora con altos tacones y vestido ajustado que entró a la oficina.

___ Buenos días, señora López. Aquí está la joven, se llama Clara Martínez y tiene 19 años, Viene de La Mesa, de Veraguas y desea trabajar.

___ Hola joven ___ dijo la elegante señora mirando a Clara de pies a cabeza como si la estuviera escaneando. Así que nunca has trabajado, pero me imagino que sabes hacer los oficios básicos, ¿no? Barrer, trapear, lavar y planchar... para esos oficios es que te necesito. Tengo una cocinera aparte. La señora Maty tiene doce años en mi casa y te enseñará lo que tienes que hacer si llego a contratarte.

Clara se sintió un poco incómoda con la mirada de la señora, sobre todo porque su ropita estaba ajada y desteñida y las chancletas muy viejitas, pero era lo mejorcito que tenía.

___ Y esa señora tan bien vestida, seguro que no me va a contratar ___

A ver, niña, dime ¿a qué has venido a la capital y qué sabes hacer?

Bueno, señora, yo quiero terminar de estudiar. Solo fui hasta noveno grado y quisiera ganar platita para ayudar en mi casa, a mi mama y a mis hermanos.

Yo puedo aprender lo que sea que usted me ponga a hacer, sé barrer aunque allá en el rancho el piso es de tierra y la escoba de paja, siempre lo hacía.

Bueno, niña, mira lo que podemos hacer es que te contrato por un mes probatorio y si no me resultas, te vas. Mis condiciones son las siguientes: debes usar uniforme, que yo te lo compro, pero te lo descuento de tu sueldo por quincena; debes levantarte a las 5.30 de la mañana para que ayudes a mis niños a vestirse para su escuela; terminas de trabajar, mínimo a las 9.30 de la noche, y cuando tengo visitas te quedas despierta hasta que se vayan para que los atiendas; trabajas de lunes a sábado, incluyendo días feriados. Tienes el domingo libre desde las 7 de la mañana hasta las 7 de la noche que debes estar ya de vuelta en la casa. Tu salario será de 100.00 para empezar.

Clara se quedó pensando que con las condiciones que le ponía la señora López no podría ir a la escuela nocturna a terminar sus estudios, y que tal vez no le alcanzaría para mandarle plata a la mamá, pero aceptó el trabajo porque se acordó que ya era el tercer día en casa de la prima y no podía regresar al cuarto ya que estaban muy estrechos. Trabajaría el mes de prueba y mientras tanto buscaría otro empleo.

Bueno, señora, está bien.

La señora López pagó a la secretaria de la agencia su comisión por el servicio y se dirigió a la puerta con Clara para tomar el auto.

___ Súbete atrás ___ le dijo cuando vio que Clara iba a abrir la puerta delantera del auto.

Era un lujoso auto que aún olía a nuevo y muy limpio.

Cuando lleguemos lo primero que harás será limpiarme el carro. Después te buscaré tus uniformes y Maty te enseñará la casa y cómo debes limpiarla. Ella tiene por escrito un horario de tus labores de cada día, para que no se te quede nada sin hacer.

_____ Sí señora, como usted diga _____

Al llegar a la entrada de la casa, Clara vio aquella enorme residencia de dos pisos y creyó que era un hotel: el portón de hierro eléctrico se abrió para presentar un majestuoso jardín y vio en el garaje 4 carros estacionados, por lo que siguió convencida de que era un hotel. Al llegar al garaje, el auto se detuvo y ella permaneció adentro creyendo que la señora iba a hacer algún mandado.

_____ Muchacha, baja de una vez _____ ¿qué te has quedado haciendo dentro del carro?

Dijo en un tono grosero y muy molesta, la señora.

--¿Ya llegamos? ¿Esta es su casa? Dijo abriendo la puerta del carro.

--Maty, Maty, lleva a esta joven al cuarto de empleadas para que se cambie y le das las cosas para que me lave el carro, rápido que tengo que salir en media hora de nuevo _____

Maty era una señora regordeta, de cincuenta años aproximadamente, con sonrisa bonachona, la saludó y la llevó a un cuartito con una cama camarote y un baño adentro.

_____ Tú dormirás arriba, pon tus cosas aquí en este armario y coge este uniforme que te debe quedar, te buscaré los productos para lavar el carro.

Así empezó el calvario de Clara, cada día surgían cosas que debía hacer y que no se las habían mencionado antes, además de las que estaban escritas en sus funciones: lavar zapatillas sucias de los niños, llevarlos al parque, ayudarlos con las tareas por las tardes, limpiar las bandejas de plata hasta que brillaran como espejos, trapear dos veces al día los pisos de toda la casa, lavar los carros, cada día más y más...

Al cabo de diez días Clara había perdido ocho libras de peso y sentía que sus fuerzas se le iban. La señora López muy poco estaba en casa y al esposo no lo conocía porque estaba fuera del país, pero cuando ella estaba sólo sus gritos e insultos llenaban la casa.

Fue al duodécimo día de estar allí cuando llegó Jaime, el nuevo jardinero y le sonrió en el patio. Ella sintió de inmediato unas cosquillas en el estómago y supo que con él haría lo que fuera que él le pidiera.

Fue amor a primera vista, empezaron a conocerse cada día en medio de sus oficios hasta que una cosa llevó a la otra y al poco tiempo ya estaban en la cama, ella entregándole la flor de su juventud y él satisfaciendo su hombría de macho conquistador.

Al cabo de tres meses, comenzaron los síntomas: ya se la había advertido Maty, ellos se van apenas sienten el compromiso.

No te dejes preñar, niña no seas tonta.

Pero Clara enamorada por primera vez creyó que ese sería su compañero de por vida y por eso le entregó todo su ser.

Cuando Jaime supo lo del embarazo se fue del

trabajo y ella quedó inmediatamente despedida.

Tuvo que regresar al rancho con su barriga crecida y su tristeza a cuestas.

Allá todo estaba peor que cuando ella se fue: no había cosecha de frijoles ni de arroz; por la sequía, todas las siembras se murieron. Los chiquillos, que eran cuatro, descalzos y con la barriga templada por las lombrices, lloraban de hambre con las narices llenas de moco.

Al cabo de una semana de su regreso al rancho, Clara tomo la decisión más importante de su vida:

___ Esto no lo quiero para mi bebé, yo quiero que él o ella crezca en otro ambiente, que tenga sus cosas necesarias para que sea sano, que vaya a la escuela, que sea una persona de bien.

A la mañana siguiente se dirigió a Santiago, Averiguó dónde estaban las oficinas de apoyo a la mujer y allá se fue con paso firme y decidido: le ofrecieron orientación para que atendiera su embarazo en el Centro de Salud, le dieron información sobre cursos de capacitación laboral que ella podía tomar en tres meses, una luz de esperanza iluminó su rostro cuando se inscribió en el curso de belleza que empezaría de inmediato. Y lo mejor de todo: la llevaron a una especie de albergue que acababan de inaugurar donde podría quedarse, era un hogar para mujeres embarazadas abandonadas.

No podía ser mejor: levantó sus manos al cielo y en silencio dio gracias a Dios por ese día y por todas las instituciones que le ofrecían su ayuda en esos momentos. Y ella sin saber de todo esto, se había ido a la capital creyendo encontrar allá la prosperidad... cuando la tenía allí mismo

en su provincia, tan cerca y a la vez tan lejos.

A partir de entonces su vida cambió por completo: comenzó a tomar sus clases de belleza durante ocho horas diarias por tres meses, sus conocimientos y habilidades se desarrollaban a la par de su embarazo: una vez al mes acudía al médico en el centro de salud y cada tarde llegaba al hogar a descansar y a compartir con otras jóvenes, que como ella, habían sufrido la consecuencia de su inexperiencia.

Allí conoció muchachas embarazadas desde los 12 hasta los 25 años. Eran 40 en total, y cada una tenía su historia que contar: en las terapias de grupo conoció chicas indígenas que habían sido violadas por sus propios padres o familiares cercanos, otras que fueron víctimas de hombres drogados y maleantes que abusaron de ellas con violencia, alguna que fue engañada por su patrón o por su jefe y luego le dieron la espalda. Todas tenían en común una triste historia y un origen humilde.

Clara fue destacándose cada vez más dentro del curso de belleza y al cabo de los tres meses le dieron su diploma que la acreditaba como técnica de belleza y estética.

La propia instructora del curso le consiguió trabajo en el salón de belleza más grande de la ciudad, donde hizo su práctica, pero como ya su embarazo estaba casi a término, decidieron esperar hasta que naciera su bebé para que empezara a trabajar.

Clara supo que ya había llegado el día cuando fue al baño esa hermosa mañana del 3 de marzo, y mojó todo el piso con agua.

Ya le habían advertido que podía romper fuente primero y llamó de inmediato a una de sus compañeras, quien avisó a la coordinadora del hogar y la llevaron al hospital.

Al llegar a la sala de partos vio muchas mujeres con las piernas encaramadas en las camillas. Se asustó un poco, pero se encomendó a la virgen María y pidió su protección. De inmediato la prepararon, cambiaron su ropa y le colocaron venoclisis con una sustancia que, según dijo la enfermera, ayudaría al parto.

Casi de inmediato comenzaron las contracciones. Eran dolores muy intensos pero cortos, al principio, pero poco a poco se fueron haciendo más extensos y más fuertes además, de muy seguidos.

Así estuvo por varias horas. La tenía nerviosa oír los gritos desgarradores de otras mujeres en la sala cuando llegaba el momento de dar a luz. Otras, que chillaban y llamaban a su mamá cada vez que tenían contracciones.

Ella, aferrada a su escapulario de la Virgen del Carmen, sólo escuchaba lo que le decía la enfermera que hiciera.

___ Vas bien, Clara, ya tienes siete centímetros, cuando sean nueve llamo al doctor---

___ Sigue pujando cuando sientas la contracción ___

A las siete de la noche de ese 3 de marzo, sintió que las entrañas se le desgarraban y con fuerza buscó las manos de las auxiliares que estaban a su lado. Ya viene ___ ya viene ___

Llaman al doctor ____

Muy rápido entró el doctor y se colocó al frente de la camilla para recibir a un hermoso niño de pelo negro que lloró casi de inmediato.

Tienes un niño, Clara ____ míralo ____ y le muestran a su bebé envuelto en una mantita llorando.

Clara emocionada con sus ojos llenos de lágrimas dijo: hijo de mi corazón: te llamarás Ángel Gabriel, pues tú eres para mí ese ángel que vino a traerme la luz de mi vida. Tú eres quien me inspiró a seguir adelante y a encontrar mi verdadero camino. Por ti lucharé sin descanso hasta que te vea convertido en un hombre de bien.

Clara Rodríguez se convirtió en la más popular estilista del salón de belleza y terminó su colegio en la Nocturna. Estuvo en el Hogar hasta que su Angelito cumplió tres años, allí se lo cuidaban para que ella pudiera trabajar y estudiar.

Ahora ese Angelito era alumno de la maestra Rosa, en la Escuela de La Estrella, porque Clara se casó con Pedro, un buen hombre que conoció en Santiago y que era el dueño del mini super de ese lugar.

Clara con los ojos llenos de lágrimas terminó de contar su historia a la maestra, quien se había constituido en su mejor amiga desde que llegó a La Estrella, mientras le cortaba el cabello en su salón de belleza recién inaugurado.

Dioselina





Se llamaba Dioselina y a los doce años llegaba por primera vez a la ciudad, porque escapó de la sierra donde ya no podía estar. Solo llevaba un papel con un número de teléfono apuntado y diez dólares, que le dio su maestra cuando se enteró de lo que le había sucedido.

Al llegar a la terminal nerviosa, buscó rápidamente un teléfono público para llamar a aquella amiga de su maestra, llamada Rita, que la esperaba.

Rita resultó ser más joven de lo que Dioselina imaginó y además alegre y fiestera. Rita ubicó a Dioselina en un cuarto pequeño y le dijo que hablarían al día siguiente, porque tendría una reunión con algunos amigos en su apartamento.

El alboroto que se armó fue tan grande que Dioselina no pudo dormir nada esa noche. Hubo canto, gritos, risas, borrachera y hasta peleas. Dónde vine a parar? Pensaba Dioselina. Tal vez hubiera sido mejor seguir allá en la montaña con aquel hombre.

Dioselina revivió su tragedia envuelta en una sábana, entre lágrimas y sollozos. Se vio llegar esa tarde de la escuela y sentarse en el banco para comer yuca y plátano verde sancochado con arroz. Vio la cara de su madre, contando el dinero que había obtenido fácilmente, que le indicaba que debía subir al jorón y portarse bien.

No entendía lo que su madre le pedía hasta que subió

al jorón y encontró a aquel hombre como de sesenta años, sudoroso, con los ojos vidriosos, desnudo acostado en el catre y sonriéndole con su diente de oro brillante. Ella no entendía que hacía ese hombre allí desnudo hasta que la hizo sentarse a su lado y quitarle el uniforme y comenzó a manosearla con desesperación para luego penetrarla salvajemente sin importarles los gritos y el forcejeo de la niña, dándole bofetadas cuando ella trataba de levantarse.

Esta situación se hizo habitual y al menos tres veces por semana, el hombre la esperaba en el catre después de la escuela por dos meses hasta que decidió llevársela para su casa, no sin antes dejarle dinero a la madre, quien contenta con el negocio que hizo con la venta de su hija la dejó ir. Fue entonces que Dioselina decidió un día contarle a su maestra lo ocurrido y ésta le ofreció enviarla a la ciudad a la casa de Rita, para que tuviera un mejor futuro.

A la mañana siguiente de su llegada, Dioselina tuvo la certeza de que la decisión que tomó fue la mejor, habló con Rita y en pocos minutos le expuso su dramática vida, pero demostró tal valentía y determinación que Rita olvidó la resaca que tenía, no pudo más que abrazarla y expresarle su apoyo.

Le daría trabajo como empleada doméstica de lunes a viernes y el fin de semana asistiría a una escuela laboral donde terminaría en dos años. Luego, tomaría alguna carrera corta y cursos de repostería y cocina para mejorar su calidad de vida y abrir un pequeño negocio.

Un mejor porvenir





Vivíamos en un pueblo fronterizo muy caluroso, plagado de peligros por el tráfico de drogas y otras cosas propias del lugar.

Mi madre se las ingeniaba para mantener a mis cuatro hermanos y a mí confeccionando artesanías de paja que vendíamos en la frontera a los turistas.

Fue uno de esos turistas llamado Andrés quien me puso el ojo y vio algo en mí que podía serle provechoso para su negocio en el otro lado. Así se lo hizo saber a mi madre, a quien le prometió llevarme a estudiar y trabajar para que pudiera ayudarle en su manutención.

Yo, que a mis 17 años aún no había salido de mi choza sino a vender con mi madre en el rincón que ocupábamos siempre, me vi en el auto con ese hombre Andrés, casi un desconocido, rumbo a una ciudad que se me antojaba peligrosa.

Al llegar, me sonrió y abrazándome confianzudo por la cintura, dijo que no temiera, que pronto estaría con otras chicas que como yo buscaban un mejor futuro.

Fue allí, en una especie de cuarto de internado donde conocí a seis chicas entre 18 a 21 años quienes maquilladas y vestidas como para una fiesta me recibieron entre risas y una gran algarabía. Andrés, les dio a cada una un papel con un nombre y dirección y les deseó suerte.

Fue hasta el día siguiente cuando Iris, una de las menores, joven alegre y bonita me contó de qué se trataba el trabajo.

Me dio ánimo y me dijo que todas habían llegado como yo: asustadas y llenas de dudas, pero que al tiempo se acostumbraron y las ganancias que obtenían por una hora de placer que les daban a sus clientes eran muy buenas, mejores que las de cualquier secretaria o maestra del lugar. Que ella me enseñaría lo que había aprendido para que cuando iniciara el trabajo no estuviera tan desorientada. Me explicó como Andrés se encargaba de hacer las citas, seleccionar a los clientes y cobrarles por adelantado tomando su comisión del 70% por cita. Que confiara en él, porque se encargaría de arreglarme mis papeles y todo estaría bien.

Así empezó el principio del fin...

Mi voz en el silencio





Todo empezó 15 años antes cuando iniciaba mi carrera de maestra. Tenía 17 y una criatura de 1 año, producto de una relación inmadura y rebelde con el chico más popular del barrio, líder de una pandilla de motorizados que se drogaban a diario.

Quedé embarazada de ese chico a los 16 cuando cursaba el IV año de secundaria. Fue entonces cuando mi padre me echó de la casa por puta. Al progenitor de mi hijo no lo vi jamás. A escondidas, mi madre me dio todos sus ahorros y así me trasladé a la ciudad, parí al niño en un hospital de caridad y terminé mi bachillerato en un colegio nocturno.

Gracias a mis buenas calificaciones, gané una beca para la Universidad y con \$75.00 mensuales vivimos mi hijo y yo en un cuartito hasta que lo conocí a él: guapo, atento, cariñoso, protector, buen amigo y consejero; pero sobre todo, dispuesto a hacerse cargo del niño quien tanto se había apegado a él.

Los primeros años fueron maravillosos. Ciega de amor, no le encontraba defecto alguno y aceptaba sus excusas y mentiras como ciertas. Vivía una especie de ensoñación con el hombre perfecto en una relación perfecta. Nunca fui tan feliz. Veía a través de sus ojos, pensaba y actuaba según lo que él disponía y sus ausencias y tardanzas siempre estaban justificadas. No creía en las llamadas anónimas que me advertían de sus infidelidades.

Con el tiempo, el hombre atento y cariñoso se encargó de hacerme sentir inferior a pesar de lo mucho que destacaba siempre en lo que emprendía, tanto en mis estudios como en mi trabajo, que conseguí antes de graduarme. Yo me acostumbré a guardar silencio para no hacerlo enojar, pues sus gritos e insultos me crispaban los nervios y temblaba tan sólo de pensar en que me dejase. Mejor dejar las cosas así.

Aquella frustración e impotencia me hacían sufrir tanto y ahogaban mi voz, era como si mil clavos taladraran mi pecho. Ante él me sentía incapaz de defenderme, de argumentar, de hacer valer mis derechos, de demostrar mi dignidad de mujer...

Pero pudo más mi razón que mi corazón...Hoy es diferente, a la distancia, entiendo su actitud. Lo veo tal como es: machista, inmaduro, orgulloso, arrogante y soberbio. Incapaz de aceptar sus errores y menos de cambiar actitudes.

Y yo: libre, feliz, realizada, en armonía conmigo misma, autosuficiente. Amándome hasta siempre...



VIELKA CECILIA URETA JARAMILLO

Licenciada en Filosofía y Letras con especialización en Español y Profesora de Educación Media de la Universidad de Panamá. Obtuvo Maestría en Letras con especialización en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Costa Rica y un Postgrado en Didáctica de la Lengua y de la Literatura del Instituto Pedagógico Latinoamericano y Caribeño, IPLAC, de La Habana, Cuba.

Desde 1981 hasta 2005 ejerció la docencia superior en la Universidad de Panamá, Centro Regional de Chiriquí, y de 2005 hasta la fecha en la Universidad Autónoma de Chiriquí. Es profesora Regular Titular de la Cátedra de Literatura en el Departamento de Español donde se ha destacado por sus aportes académicos, administrativos y de extensión.

Fue gestora y primera coordinadora de la Maestría en Redacción y Corrección de Textos del Departamento de Español, Vice Decana de la Facultad de Humanidades y Directora Ejecutiva Interinstitucional de la UNACHI, entre otros cargos administrativos.

Además, ha sido una docente incansable e inquieta, con múltiples participaciones en eventos académicos, dentro y fuera de los claustros universitarios nacionales e internacionales en los que se ha distinguido por sus conferencias, ponencias, seminarios e investigaciones.

Tres versiones del cuento en Panamá: Rogelio Sinán, Rosa María Britton y Enrique Jaramillo Levi es su primer libro de ensayos y fue publicado en 1999 por Editorial Signos. En 2020 publica la 2ª edición revisada y aumentada de este libro. *"En Tres versiones del cuento en Panamá encontramos el manual didáctico, claro y llano, que bien puede ser puesto en manos del estudiante o del iniciado en las lides literarias, con la plena confianza de que obtendrá provecho de él, y aún podemos ofrecerlo al lector profesional, al que es producto de una formación específica en el campo, seguro de que será una herramienta valiosa para comparar lecturas y para enriquecer enfoques"* (Prólogo de Ariel Barria Alvarado)

La autora ha incursionado, además, en la creación literaria con un libro de cuentos para niños **Cuentos de la Abuela para dormir (1ª edición 2012 y 2ª edición 2020)** y otro libro llamado **Scis Historias, un Camino (2021)** narraciones cortas de tema social, que denuncia el abuso contra las mujeres y la resiliencia de ellas. Su último libro **Ensayos Literarios y otros Escritos (2021)**, es un compendio de sus mejores trabajos académicos: ensayos, ponencias, investigaciones, durante 40 años del quehacer docente universitario. Los cuatro libros publicados están a la disposición de los lectores en la Biblioteca Virtual de la Universidad Autónoma de Chiriquí en la sección Repositorio y en la Biblioteca Virtual de la Biblioteca Nacional de Panamá.

ISBN 978-9962-13-442-8



9 789962 134428